

Amrú, Memfis abre sus puertas y cae Alejandría despues de una resistencia de catorce meses. «Si estos libros están acordes con el Coran, dice Amrú al ver la biblioteca, son inútiles; de lo contrario son perniciosos; y por consiguiente en ambos casos es preciso destruirlos.» Y por mandato del bárbaro musulman los tesoros de la antigüedad sirven para calentar el agua de los baños de Alejandría.

Casi en la misma época conquistaban la Persia cuyo cetro habia empuñado poco antes Yezdegerdo III. La terrible batalla de Kadesiah arrojó á los persas mas allá del Tigris; y no obstante la tenaz resistencia del jóven rey, en 642 una gran victoria completó la conquista, y el infeliz Yezdegerdo abandonado de todo el mundo fué muerto pocos años despues, y con él se estinguió la dinastia de los Sasanidas.

Murió Omar en 644 gloriándose de haber contribuido mas que el mismo profeta á los progresos del islamismo y de haber arruinado cuarenta mil templos de cristianos, judíos, magos ó idólatras. Otman su sucesor terminó la conquista de Persia, y á su muerte Alí, el fiel compañero del profeta, alcanzó por fin el califato pero su elevacion causó su pérdida, pues Aiescha que por tres veces habia logrado hacer triunfar á los rivales de Alí, escitó contra este á Amrú, gobernador del Egipto y á Moavia gobernador de Siria. Cinco años duró la guerra civil, y para terminarla tres fanáticos se decidieron á degollar á los pretendientes eligiendo cada uno su victima; mas tan solo pereció Alí y en vano sus descendientes disputaron la herencia paterna á sus rivales.

Moavia se hizo proclamar califa y fué el gefe de la dinastia de las Omniadas y el primero que envió sus flotas contra Constantinopla, confiado en la palabra del profeta que habia prometido un lugar glorioso en el paraiso al primero que atacase la ciudad de los emperadores. Mas estos tenian en su auxilio el fuego griego, que lejos de apagarse en el agua la descomponia y hallaba en ella nuevo pábulo. Caia de los muros á torrentes, los brulotes cargados de él incendiaban la flota enemiga, encerraba el estruendo y la velocidad del rayo y disipaba las tinieblas de la noche por medio de una claridad espantosa. La primera vez que lo usaron hizo huir á los árabes, y Moavia se vió obligado á pagar un tributo.

Mas felices eran en Africa las armas sarracenas. En vano la

reina Kaina habia llamado á defender la patria á todas las tribus, en vano su intrépida resistencia logró la primera vez rechazar de su territorio á los árabes: á su muerte, el pais fué presa de la invasion. Asan tomó á Cartago y Muza terminó la conquista del Africa hasta el litoral del Océano atlántico. Profesaron el islamismo los vencidos, y el cristianismo desapareció al par de la civilizacion en aquel pais donde tanto floreciera poco antes. A la conquista del Africa siguió la de España. Cinco musulmanes pasaron el estrecho bajo las órdenes de Tarik lugarteniente de Muza, y poco despues reforzado el ejército mahometano, la gran batalla de Jerez, en la que desapareció el rey Rodrigo, echó abajo el poder de los cristianos, y los que escaparon huyeron con Pelayo á las montañas de Asturias.

Mientras tanto continuaban las conquistas en Oriente. En tiempo del califa Walid II los ejércitos musulmanes aparecieron en las fronteras de la China, y atemorizado el emperador por la aproximacion de unos hombres á quienes no podia contener ningun obstáculo, se apresuró á ofrecerles un tributo y enviarles ricos presentes, con lo cual se retiraron y á su regreso sometieron toda el Asia central hasta mas allá del Indo y del Ganges. Solo el Asia menor los contenia aun, y el Tauro formó durante mucho tiempo el limite de sus posesiones. El segundo ataque dirigido contra Constantinopla no tuvo mejor resultado que el primero, porque el fuego griego consumió tambien la flota musulmana.

Ochenta años despues de la muerte de Mahoma, su imperio habia adquirido una estension inmensa. En Europa abrazaba la península hispánica y las islas Baleares; en Africa, toda la costa septentrional desde el Océano atlántico hasta el mar Rojo, en Asia la Arabia, la Palestina, la Siria, la Persia, la Armènia, las provincias del Cáucaso, el Turkestan, las dos Bukarias y casi toda la península del Indostan. En menos de un siglo se habia erigido un estado mas vasto que el de los romanos y que el de Alejandro; pero estaba ya próximo á dividirse, y una gran catástrofe iba á preparar la futura reaccion religiosa y de independenciam.

Los descendientes de Abbas, tio de Mahoma, se sublevaron en el reinado de Merwan II sostenidos por los partidarios de Alí, enemigos irreconciliables de la raza usurpadora. Principió entre

los abasidas y los omniadas, ó sea entre la bandera negra y la bandera blanca, una sangrienta lucha política y religiosa á un tiempo. Vencido Merwan fué muerto, ochenta individuos de su familia degollados por órden de su rival Abul-Abbas, y el califato de Damasco pasó á una nueva dinastía. Al mismo tiempo el omniada Abderraman que se habia salvado de la mortandad de su familia, huyó á España, y derrotando al teniente de los abasidas, se sentó en el trono de Córdoba.

Así como la era de los Omniadas habia sido el período de las conquistas, la de los Abasidas, destinada á presenciar la decadencia y la ruina del califato, tuvo tambien su época de pujanza y de gloria. El ciego fanatismo de los sectarios de Mahoma cedió al influjo de la civilizacion naciente, y el carácter árabe que habia desplegado tan espantosa energía se manifestó bajo un aspecto menos terrible, pero no menos brillante. Despues de la muerte del sanguinario Abul-Abbas, Almanzor (*el victorioso*) fundador de Bagdad, condujo sus ejércitos al norte del mar Caspio y concedió generosa proteccion á las letras y á las artes. El reinado de Mohamed-al-Mehedí, reformador de la justicia, preparó el de Arun-al-Raschid, cuya ilustre carrera empezó con una brillante expedicion al Asia menor. Bajo el cetro de este famoso príncipe elevóse el califato al mas alto grado de gloria: vencedor por ocho veces de los griegos, impuso un tributo á la emperatriz Irene y obligó á humillarse ante su trono á todos los pueblos del Asia central. Brillaron al mismo tiempo las artes pacíficas, y cansados los árabes de amontonar ruinas dedicáronse al fin á reconstruir los edificios: los campos por tanto tiempo desolados se cubrieron con lindas casas de recreo, y alegres jardines sostenidos por enormes muros en las faldas de las montañas recordaban los pensiles de Babilonia. El palacio del califa, por la maravillosa riqueza de sus adornos era como el tipo de esas habitaciones encantadas que nos pintan los cuentos árabes. Entusiastas de todo género de gloria ambicionaron los orientales las victorias literarias al par que las militares: su ingeniosa y fecunda imaginacion se aficionó á las invenciones fantásticas y á los relatos sentimentales de que el mismo califa dió el mas célebre modelo en sus *cuentos de las mil y una noches*. Las meditaciones abstractas gustaron á los árabes al par que la poesía; los hombres de

Oriente se convirtieron en filósofos, y muchos de ellos estudiaron con mas ahinco á Aristóteles que el Coran; hiciéronse populares en Oriente las fórmulas del Estagirita, y la religion del islam no pudo preservarse del influjo de las ideas peripatéticas. Las ciencias exactas habian progresado mas en la corte de Al-Raschid que en Europa, y muchas veces los árabes fueron maestros de los europeos. A ellos se debe el conocimiento de los guarismos que todavía usamos y que con tanta ventaja reemplazaron á las cifras romanas. A ellos pertenece si no la invencion por lo menos la aplicacion del álgebra: la química y la medicina gozaban de gran prestigio en Bagdad: los médicos Avicena y Averroes adquirieron inmensa reputacion, á la cual, preciso es decirlo, contribuyó sin duda el uso de remedios maravillosos que mas adelante ha reprobado la esperiencia. Sábese que Arun-al-Raschid envió á Carlomagno el primer reloj que ha habido en Europa, y por último el servicio de correos estaba organizado en las provincias del califato setecientos años antes que se estableciera en Europa.

El califa Al-Mamun digno sucesor del grande Arun comisionó á muchos sabios para que anduviesen recogiendo las obras de conocida utilidad y las tradujeran al árabe, á pesar de la oposicion de los teólogos mahometanos que calificaban de blasfemia la literatura y la filosofia griegas, mas solo pudieron recabar que terminadas las traducciones Al-Mamun quemase los originales.

Esplendor tan grande pudo disimular por algun tiempo, mas no destruir los principios de decadencia que el poder árabe llevaba en su seno. El entusiasmo musulman que habia tenido irresistible fuerza para la victoria no podia menos de traer desórdenes y disolucion cuando se trataba de asegurar y regularizar las conquistas. El fanatismo y la ambicion iban á destruir muy pronto el inmenso imperio que crearon. Ya durante el reinado del gran califa Arun-al-Raschid, Ibrahim-ben-Aglat se negó á pagar el tributo y habia fundado en el Africa septentrional la dinastía independiente de los aglabitas que por espacio de dos siglos dominó en el Mediterráneo y se hizo señora de Córcega, de Cerdeña y de Sicilia. Edris teniente de Arun emancipándose del califato, edificó en la costa occidental de Africa la ciudad de Fez, que fué capital de los edrisitas. Mientras aquellas tribus tártaras recién convertidas al

islamismo, desmembrando el califato de Oriente fundaban la dinastía de los hamadanidas en Mesopotamia y de los buidas en Persia, sublevados los fatimitas á la voz de un sectario que se anunciaba como sucesor de Mahoma y el último de los profetas, hicieronse prepotentes en Africa y sojuzgaron á los descendientes de Edris y de Aglab. Moez-Billah fundó la ciudad del Cairo que fué silla de un nuevo califato, y cuando le preguntaban por sus títulos respondía enseñando su sable y sus tesoros: «Ved aquí mi genealogía y ahí mi familia.» Sus sucesores conservaron el Africa y el Egipto hasta últimos del siglo duodécimo.

Amenazados por la universal desmembración, los califas de Bagdad se lisonjearon de recobrar el poder que escapaba de sus manos, atrayéndose temibles auxiliares. La milicia turca, valiente como los árabes de Mahoma, había sido admitida en 841 en la guardia del califa; pero esos hombres orgullosos é independientes conmovieron muy pronto el imperio para cuyo sostenimiento habían sido llamados, y sus revueltas no cesaron de ensangrentar el trono. En el espacio de 25 años, cinco califas cayeron asesinados, y al final del siglo noveno dió el último golpe á la dinastía abasida una sublevación de los árabes del desierto. Al-Radí incapaz de defenderse contra tal serie de usurpaciones y revueltas puso su falleciente poder bajo la protección de una autoridad mas enérgica que la suya, y confió á un turco de la familia de los buidas la dignidad de *emir Al-Omrá*, ó príncipe de los príncipes del imperio del califa. Este empleo tuvo el mismo influjo en Oriente que en Francia el de los mayordomos de palacio, de suerte que el emir usurpó todo el ascendiente político al califa no dejándole mas que una vana supremacía religiosa.

Sin embargo el poder de los emires Al-Omrá no sobrevivió mucho al de los califas. De conquista en conquista avanzaron los fatimitas á través de la Palestina y de la Siria hasta Bagdad, y obligaron al emir á pagarles tributo. Pocos años despues, la Persia sometida de mucho tiempo á los buidas, cayó en poder de Mahmud el Gaznevida cuya dinastía iba tambien á ceder á otro poder nuevo.

La pujante tribu de los turcos seldjukidas bajó de las orillas del mar Caspio y del Oxo acaudillada por el valiente Togrul-bey á

quien había proclamado rey. Togrul echó á los gaznevidas hácia el Indo, tomó á la familia de los buidas el empleo de emir Al-Omrá, y se sentó en el trono al lado del califa, quien puso sobre su cabeza dos turbantes, simbolo de las coronas de Persia y de Arabia, y le ciñó dos espadas, como señor del Oriente y del Occidente. Alp-Arslan hijo de Togrul, avanzó en el Asia menor defendida por el emperador romano Diógenes, y habiendo derrotado á este príncipe le obligó á besar la tierra en su presencia. En el reinado de Maleck-Schah el imperio de los seldjukidas se extendía desde el extremo del Yemen hasta el mar Caspio y desde las fronteras de la China hasta las playas del Helésponto. Solamente el Egipto quedó en poder de los fatimitas, y los griegos conservaban apenas algunas ciudades del Asia menor; mas la división del vasto estado de Meleck-Schah en cuatro sultanías preparaba las victorias de la primera cruzada.

La batalla de Jerez fué el punto final de la monarquía goda: la España cristiana parecía anonadada. Vencedores los sarracenos penetraron al mando de Tarik hasta el corazón de la península, devastaron la Andalucía y tomaron á Toledo; mientras un corto número de guerreros que se habían salvado de la derrota de Jerez se refugiaban en las quebradas de Asturias al mando de Pelayo descendiente de los reyes godos. Fieles estos héroes á su Dios y á patria conservaron en el destierro el sagrado depósito de la religión y de la independencia; y de allí habían de salir un día los sucesores de Pelayo para volver á las provincias esclavizadas la fe y la independencia. Envidioso el emir Muza de la gloria de su teniente, atravesó el estrecho con diez y ocho mil hombres y á su aproximación se sometieron todas las provincias; solo el godo Teodomiro conservó en la Bética oriental la provincia de Murcia ofreciendo pagar un tributo. No obstante, Mérida en otro tiempo célebre colonia romana y capital de la Lusitania, resistía con valor, esperando que las fatigas de la guerra la libertasen de su enemigo: pero Muza triunfó. Depuesto sin embargo por el califa, volvió al Oriente cargado con las riquezas que los godos habían amontonado en el espacio de tres siglos, dejando el gobierno de la España conquistada á su hijo Abdelaziz que se había distinguido por sus hazañas; mas su enlace con la viuda de Rodrigo despertó la des-